

La Santísima Trinidad – C

22/ V /2016
Oratorio de san Felipe Neri
Alcalá de Henares

«Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra»

Vamos a centrarnos en esta afirmación del salmo: **«Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra»**. La liturgia de hoy refiere esta alabanza al Dios Uno y Trino, porque la Unidad y la Trinidad de Dios es lo que le hace realmente grande, realmente admirable.

Cuando los Apóstoles se fueron encontrando uno tras otro con Jesús, participaban de una certeza, la certeza de que en el principio de todas las cosas, del mundo y del tiempo, estaba Dios: Bueno, Santo, Grande, Poderoso, Justo.

En el principio de todo está Dios, el Dios bueno, que todo lo ha hecho bien.

Y en el presente, en el hoy de cada generación, también está Dios. Él conduce al hombre y al universo. Más allá de lo que aparece a los ojos, más allá de todas las cosas, sin confundirse con nada ni con nadie porque es más grande que todo, está Él.

Y en el futuro está también Dios, el Dios justo garante de la vida del hombre, garante de que se le haga justicia, garante de su libertad.

Dios está en el inicio, en el presente y en futuro de todo.

En su tortuosa historia, la imagen del Dios Único, real y viviente, grabada en el corazón, confería a los verdaderos hijos de Abraham firmeza, seguridad y esperanza, sobre todo, esperanza. Esta era la grandeza que Israel concebía de Dios y el beneficio que obtenía de ella.

Cuando los Apóstoles fueron encontrándose con Jesús, participaban con mayor o menor conciencia de esta herencia preciosa. Tenían grabada en el corazón la imagen viva del Dios único, que sostenía la existencia, con la que podían afrontar la vida. Sin embargo, aunque aquella imagen de Dios era un gran don, no podían imaginar cómo se iba a acrecentar. Jesús graba, sobre la imagen que ya tenían de Dios, una aún más grande, cuya grandeza y belleza hasta entonces solo habían podido atisbar, que les hará capaces de transformar para siempre la historia del mundo.

Siguiendo a Jesucristo, en su compañía, en su amistad, pudieron percatarse de algo que hacía a Jesús totalmente distinto de los otros hombres: su relación con Dios. Al introducirles en su intimidad, Jesús les mostró que él se definía por su amor filial a Dios, por ser «el Hijo», el único que podía llamar «Padre», **«Abba»** a Dios. No sin esfuerzo, los apóstoles se percataron de que aquella relación filial era tan fuerte que realmente el Padre y el Hijo eran Uno, que en Jesús estaba realmente presente Dios. Sí, el Dios Uno y Único que era el principio y el fin de todo, el Dios Único que no podía confundirse con nada ni con nadie porque es más grande que todo. El Dios Único estaba, de una forma que ellos no podían explicar, en Jesús. **«En Cristo habita corporalmente la plenitud de la divinidad»**, dirá luego san Pablo. Con sus palabras y con sus obras, pero sobre todo en la intimidad de su oración, Jesús les mostró a los Apóstoles que la verdadera imagen de Dios es la imagen de la Trinidad.

Jesús transformó la imagen de Dios que tenían los Apóstoles: Dios no es un ser solitario, todo lo contrario, Dios es un misterio de comunión, un misterio de amor:

- Un Padre que desde toda la eternidad engendra a su Hijo y lo unge con su amor, que es el Espíritu Santo.
- Un Hijo que desde toda la eternidad recibe su ser del Padre y lo ama con ese mismo Espíritu con el que él es ungido.
- Un Espíritu del Padre y del Hijo que es puro vínculo de amor.

Tres personas que son un solo Dios. Un solo Dios que es tres personas. Un misterio de comunión, un océano, un abismo, un universo infinito de amor, insondable, enorme, inagotable.

Hemos cantado la grandeza de este misterio: **«Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra»**. Dios es realmente admirable. Nuestro Dios, el Dios que existe y vive, es realmente grande.

Es eterno, sin que el pasar del tiempo deje atrás nada de su ser. Es infinito, todo lo llena sin que el espacio pueda contenerlo o dividirlo; estando más allá de todas las cosas, está todo entero en todas partes. Es la inteligencia que todo lo penetra y lo ve todo y lo conoce todo. Es el omnipotente, al tiempo que es el Bueno y el Verdadero. Es justo, sin mezcla de injusticia. Es bueno, sin atisbo alguno de mal. Es la belleza que no languidece, que no se marchita. Es el ser necesario, el que no puede no existir... Aquel mayor que el cual no cabe pensar otro. Y siempre más, siempre mayor que toda imaginación y pensamiento nuestro.

Pero la grandeza siempre inimaginable de Dios reside en su ser Trinidad. En sí mismo Dios es comunión, es amor. Es un amor perfecto, que significa, al mismo tiempo: 1) una unidad perfecta y 2) una diversidad de las personas que se aman; porque el amor conduce a la unidad perfecta sin eliminar al otro.

En Dios el amor es eterno, eterna la unidad, eternas las tres personas en su comunión. Su belleza no es la fría belleza que se engríe, su poder no es tiránico, su santidad no lo separa del mundo que ha creado; porque su belleza y su poder y su santidad son la belleza, la santidad y el poder de Aquel que ama. Todas sus perfecciones brotan de su sustancia más íntima y esta sustancia es el amor.

Un misterio insondable de amor define a Dios. Todas sus perfecciones y toda su grandeza son expresión de su amor: su omnipotencia, su eternidad, su infinitud, su belleza, su bondad, su verdad... El misterio de Dios radica en este amor, que hace de Dios el Dios Uno y Trino: **«Deus caritas est»**.

Esta es la grandeza que cantamos y la verdadera imagen de Dios que custodiamos en el alma: **«¡Qué admirable es tu nombre, Señor, en toda la tierra»**.

Pero volvemos sobre nosotros y nos preguntamos: ¿Qué tiene que ver con nosotros esta grandeza inescrutable del Dios Uno y Trino, del Dios que es Caridad?

Abrid los ojos. Nos rodea Dios, que es un misterio de amor y nos rodea con su obra, que es la obra de quien ama. Él es amor, en sí mismo es amor, pero también nos ha amado a nosotros. Y al amarnos, siendo su sustancia el amor, nos ha amado del todo, vaciándose y dándonos él mismo.

Abrid los ojos. Nos rodea Dios y el misterio de su amor, nos rodea su obra, su obra de amor por nosotros:

- Nos creó amándonos, nos hizo libres para hacernos capaces de amar y ser amados, capaces de Él, capaces de Dios.
- Nos redimió amándonos, llegando en su amor por nosotros hasta el extremo de la cruz.
- Nos santifica amándonos, entregándonos por la fe y los sacramentos los bienes ganados para nosotros en su encarnación, muerte y resurrección.

Esta es la obra conjunta y única del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: nuestra creación, nuestra redención, nuestra santificación. Es la obra de Quien vive y nos ama, de Quien está presente y nos ama, de Quien nos llama a él como a nuestro único fin y nos ama.

¡Abrid los ojos! Más allá de las cosas, más allá de los pequeños gozos de esta vida, más allá de sus dolores... nuestro ser y nuestro tiempo están rodeados de este amor, del Dios Uno y Trino. Más grande que nosotros, a derecha e izquierda, por arriba y por abajo; en el pasado, en el presente y en el futuro; fuera y dentro de nosotros... Estamos siempre ante este Dios vivo, que es amor y que nos ama. Abramos los ojos a esta realidad invisible, pero presente y viva.

De los cristianos es el privilegio no solo de conocer este misterio de amor, sino de participar de él a través de Cristo, que nos ha abierto el acceso a la vida trinitaria y lo mantiene abierto en los sacramentos, si no los despreciamos con una vida mediocre, que no esté a la altura del amor que se nos ofrece. Abramos los ojos. ¡Este es nuestro privilegio: ser amados por un Dios realmente admirable y participar de su grandeza, que es su amor, su vida trinitaria!

Gloria al Dios Uno y Trino, que nos creó.

Gloria al Dios uno y Trino que nos redimió.

Gloria al Dios Uno y Trino que nos santifica.

Gloria a Cristo que nos ha abierto la vida de la Trinidad y nos llama a ella.

Alabado sea Jesucristo.

Siempre sea alabado.

P. Enrique Santayana C.O.